

CRÍTICA

**ARNAU FERNÁNDEZ
PASALODOS**

¿MATÓ TU BISABUELO AL MÍO?

CÓMO EL TRAUMA DE LA
GUERRA CIVIL Y DEL
FRANQUISMO HA ATRAVESADO
CUATRO GENERACIONES

A LA VENTA EL
9 DE SEPTIEMBRE
MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

**AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Laia Barreda
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
659 45 41 80/
laia.barreda@planeta.es



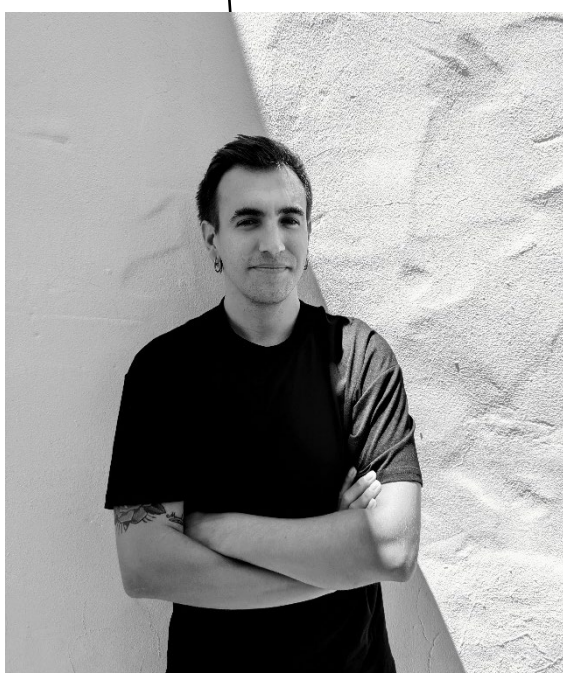
SINOPSIS

Una reflexión sobre cómo el silencio, el trauma y la falta de reparación han moldeado la vida de los descendientes del franquismo.

En España hay miles de personas que han crecido escuchando silencios, mirando fotografías antiguas y viendo llorar o hablar en voz baja a sus abuelos sin terminar de comprender por qué. Este libro habla de ellas: de los bisnietos y bisnietas de la Guerra Civil y del franquismo, una generación que ha heredado no solo una historia familiar marcada por la violencia, sino también por las heridas, ausencias y preguntas aún sin respuesta.

A partir de decenas de testimonios, el historiador Arnau Fernández Pasalodos explora cómo el trauma, el miedo y la memoria atraviesan generaciones enteras y siguen modelando nuestro presente. Pero este libro es también una historia personal: la del propio autor que trata de reconstruir el asesinato de su bisabuelo a manos de la Guardia Civil y que ha llevado su caso ante la justicia casi ochenta años después.

¿Mató tu bisabuelo al mío? es un relato sobre la memoria heredada, el trauma y la necesidad de nombrar tanto a las víctimas como a los verdugos. Un libro conmovedor y necesario que muestra cómo el pasado nunca termina de pasar y cómo los muertos y las fosas siguen formando parte de nuestro presente.



EL AUTOR

ARNAU FERNÁNDEZ PASALODOS (Barcelona, 1995) es doctor en Historia Contemporánea e investigador en el Centre d'histoire de Sciences Po en París. Sus trabajos se han centrado en la historia sociocultural de las guerras civiles europeas y en la construcción de la dictadura franquista. En 2024 publicó *Hasta su total exterminio. La guerra antipartisana en España, 1936-1952*. Ha sido investigador y docente en la Universitat Autònoma de Barcelona, en el University College Dublin y en la Universidad de Granada. En 2021 fue distinguido con el Premio Mary Nash de la Asociación de Historia Contemporánea y, en 2025, con el Premio a Jóvenes Investigadores Ateneo de Granada- Fundación Unicaja.

EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN

«Mi abuela, Rosita Sesé Miralles, murió el 1 de febrero de 2016 sin saber dónde estaba enterrado su padre, Manuel Sesé Mur. Dos guardias civiles le dispararon a bocajarro una tarde de enero de 1948, y desde entonces su paradero ha sido una herida abierta. Mi abuela se fue sin poder escuchar de mi boca lo que tanto merecía conocer: «Yaya, sé los nombres de quienes lo mataron. Sé dónde lo enterraron».»

«Aquel asesinato ha atravesado mi vida por completo. Escribir este libro ha hecho que pueda dejar de sentirme extraño por vivir tan ligado al asesinato de Manuel Sesé Mur, ocurrido cuarenta y siete años antes de que yo naciera, y al sufrimiento posterior de mi abuela. Porque, como yo, este país está lleno de bisnietas y bisnietos que podríamos hacer nuestros los versos de la poeta María Sánchez: *La bala de mi bisabuelo agrieta mi costado. Donde yo estoy llorando se esconde la mano que sujetó la muerte. Podría echarme al monte como él, ¿pero a quién he matado yo, si soy la que sangra?*»

«La realidad no fue esa, sino que lo mataron por ser enlace de la guerrilla antifranquista. Mi bisabuelo iba a la frontera con Francia para buscar metralletas que luego eran entregadas a los partisanos que actuaban en Aragón. Pero esto nunca lo explicaron los que vivieron aquel fatídico día, en el que dos guardias civiles, el sargento Agustín Serrano Arroyo y el guardia segundo Marcelino García Gracia, le pegaron un tiro en la cabeza a Manuel Sesé, que estaba esposado y desarmado. Ahora, en la familia, sabemos lo que ocurrió porque el archivo ha contado lo que sus descendientes callaron. Lo que el trauma impidió expresar a mi abuela, me lo han chivado los papeles escritos por sus verdugos. [...] Mi bisabuelo era el encargado de organizar la resistencia antifranquista en su pueblo. Él quería acabar con el fascismo en España y por eso lo ejecutaron.»

«¿Cuántas familias se han visto en la misma situación? Ahora los archivos nos narran, tantos años después, lo que miles de viudas y huérfanos trataron de ocultar. Que a aquellas personas no las asesinó el azar y que las ejecuciones no fueron fruto de una supuesta «guerra entre hermanos». No se las liquidó como resultado de una fatal casualidad, ni de la tendencia cainita del pueblo español a matarse entre sí, como tratan de explicarnos los literatos que escriben desde posiciones neofranquistas y afirman que «la guerra la perdimos todos».»

«Referirnos a la Guerra Civil como «una guerra entre hermanos» permite a estos escritores y políticos decir que «todos fueron iguales», lo cual neutraliza la responsabilidad política y moral de los golpistas, que además fueron apoyados por los regímenes fascistas de Alemania e Italia. Una colaboración internacional que permitió el triunfo de los rebeldes, pues resultó necesaria y fundamental para ello. Y no, no todos fueron iguales. Hubo agresores y agredidos. Hubo verdugos y víctimas. Hubo mujeres y hombres que querían construir y vivir en un mundo más justo, mientras que otros, mediante el uso de las armas y el terror, construyeron un mundo que dividió a todos entre vencedores y vencidos.»

«El recuerdo de esa escopeta nos sitúa en el tiempo de la posmemoria, concretamente en la de los bisnietos: de la reinterpretación de nuestra generación sobre un pasado todavía silenciado y traumático. Este es justo uno de los objetivos de este libro, ofrecer un espacio para que

hablemos quienes hemos heredado las consecuencias invisibles de la guerra. **Nosotras y nosotros, que hemos conocido de la voz de nuestras abuelas el pasado de nuestras familias, hemos encajado con el paso de los años lo que les ocurrió a nuestros antepasados, pero también hemos tenido que convivir con lo que nunca se dijo.** Con esos silencios que, a veces, revelan más que las propias palabras.»

«Según la actual Ley de Memoria Democrática (2022), los familiares hasta el cuarto grado, es decir, los bisnietos, somos la última generación que tendrá derecho a ser reconocida como víctima por la represión sufrida por nuestros antepasados, pero también la última en poder autorizar actividades de localización, exhumación e identificación de personas desaparecidas. De esta forma, parece ser que el Estado nos sitúa en un contexto terrible, pues desde un punto de vista legislativo nos señala como los últimos herederos legítimos de la memoria. En lugar de otorgarnos un reconocimiento merecido y herramientas útiles para nuestras familias, nos entrega una pesada losa. ¿Una suerte de ultimátum histórico?»

«Las numerosas voces que conforman estas páginas están impregnadas de emoción y sentimientos hacia las bisabuelas y los bisabuelos. Quienes más nos hemos acercado a sus historias sentimos un afecto profundo por personas a las que nunca conocimos, seres que fueron encarcelados, torturados y asesinados medio siglo antes de nuestro nacimiento. Sin embargo, ni el paso del tiempo ni la distancia generacional han logrado alejarnos de sus vidas. Por eso, imaginamos. Fabulamos sus acentos, sus gestos, la forma en que se movían o las ropas que vestían. Quienes no conservan fotografías tratan de conjeturar sus rostros, y fantaseamos sobre cómo se relacionaban con sus vecinos, cómo entendían su propio mundo. Intentamos llenar los vacíos, dar forma a los silencios y completar, con imaginación y cariño, aquello que la memoria no ha podido conservar.»

«GRACIAS A QUE ÉL ESTUVO, YO ESTOY». Helios Fernández Garcés

«Al hablar de lo ocurrido el 1 de noviembre de 1936, cuando las fuerzas falangistas asesinaron a su bisabuelo, utiliza varias veces la misma expresión: «A mí me duele lo que le pasó a mi familia. Es un dolor físico, me duele de verdad». Describe ese padecimiento como una carga heredada, una losa que ha pasado de unas manos a otras. Como si sus abuelos, al contarle aquello, le hubieran entregado algo que ya no pudo soltar jamás, aunque no fuera consciente de ello hasta muchos años después. Es en la adultez cuando se reconoce, por fin, como portador de ese trauma, de ese pasado familiar no resuelto.»

«Jacinto ya no solo aparece en las conversaciones familiares, o en los sueños de Helios, sino que irrumpe en el presente de formas inesperadas. Helios cuenta que hace poco *leyó La península de las casas vacías*, de David Uclés, y que en la novela hay un personaje llamado Jacinto, por lo que «a partir del primer momento en que apareció en la trama, aquel Jacinto era mi bisabuelo». No hubo un ejercicio consciente de querer vincularlo con su pariente, sino que le salió espontáneamente: «Aquel Jacinto era mi Jacinto». La fabulación de los bisnietos se filtra en la vida cotidiana. Aunque Helios sabía que David Uclés no estaba narrando la vida de Jacinto Garcés Lozano, el jornalero y cartero de La Saucedá, surgió la necesidad involuntaria de que, al leer ese nombre, el mismo que había escuchado de boca de su abuelo y que ha leído tantas veces en el mausoleo de aquella localidad, Jacinto volviera a existir por un instante. No como personaje de ficción, sino como alguien que se resiste a desaparecer del todo.»

«La búsqueda de Helios no termina en él mismo, y cuenta que empujó a su madre a acompañarlo a los homenajes que se celebran cada año en La Sauceda. Con el tiempo, ella misma se lo agradeció, «porque a través de mí ha podido conectar con su abuelo». **En esa relación entre generaciones se hace visible que la memoria no sigue siempre un recorrido cronológico ni estrictamente generacional. A veces son los más jóvenes quienes activan el recuerdo y hacen tomar conciencia a quienes los precedieron. Los bisnietos no solo heredan el pasado, sino que, al buscarlo y tratar de comprenderlo, lo devuelven a quienes lo habían tenido que dejar en silencio o no habían podido acercarse a él.»**

«YO SOLO QUIERO QUE ME LO DEVUELVAN» María Rosa Aránega

«María Rosa es plenamente consciente de algo tan básico como los números. Desde 2019 se han exhumado casi nueve mil cuerpos en fosas comunes de la Guerra Civil y el franquismo. De ellos, apenas setenta han sido identificados. El porcentaje es bajísimo. Y detrás de esa cifra hay un conjunto de obstáculos materiales y estructurales: la mala conservación del ADN tras décadas bajo tierra, la fragmentación de los huesos, la imposibilidad de localizar familiares directos para realizar comparativas genéticas o la ausencia de registros fiables, entre otras cuestiones. No obstante, conforme avanza nuestra conversación, no puede evitar no ilusionarse: y reconoce que se aproxima un momento importante en su vida: «Cuando se inicie el proceso de intentar localizarlo en el cementerio me gustaría estar allí con el equipo. Y me parece increíble eso, ¿no? Hostia, voy a estar buscando a mi bisabuelo». Se intenta convencer de que no lo van a encontrar, y se repite que las probabilidades son bajas porque el cementerio es un caos y las estadísticas no acompañan. Y, al mismo tiempo, reconoce que siente «una sensación muy bonita. Me imagino levantando el lugar donde supuestamente está. Y es una mezcla de sensaciones: me aprieta la mandíbula, se me contrae la barriga y a la misma vez sonrío. Es raro.»

«Un momento decisivo llegó cuando María Rosa encontró a Silvestre en la Causa General. El archivo habló allí donde durante años había habido silencio y, ante la insistencia, su abuela empezó por fin a relatar lo ocurrido. La aparición de aquel nombre y apellidos, fijado en un documento oficial, abrió una grieta en una memoria que hasta entonces se había mantenido cerrada. Y ese silencio prolongado es algo que María Rosa ha tratado de comprender con el paso del tiempo: «Quizás por eso mi abuela tardó tanto en hablarme de todo, porque seguramente no había sido capaz de ver a Silvestre como una víctima, ni siquiera a su propia familia como víctima de tantos años de explotación laboral como consecuencia de lo que pasó durante la guerra y la dictadura». Nombrar a Silvestre como víctima implicaba revisar el pasado, pero también toda una vida marcada por las consecuencias de lo ocurrido en la guerra.»

«La historia de Silvestre ocupa un lugar central en su mundo emocional. Como si esa muerte abrupta y su posterior desaparición hubieran generado una grieta que la interpela de manera distinta. Ella misma apunta una posible explicación, y es que **las muertes violentas y, las desapariciones sin cierre, generan una sensación de injusticia tan intensa que algunas personas conectan con ellas con mayor facilidad.»**

«VEO A MI BISABUELO, VEO A LOS QUE SE SITUARON DELANTE DE ÉL, LO VEO TODO». Alba Llavina Ros

«La relación entre nieta y abuela, construida desde la escucha y la curiosidad, fue lo que hizo posible que ciertos recuerdos encontraran un lugar donde ser dichos. **La memoria no circula solo porque exista, sino porque hay alguien dispuesto a recibirla.**»

«Antes del fusilamiento, María no solo se hacía cargo de su hermana pequeña. También tenía que acudir a la prisión para llevarle víveres a su padre. Con el paso de los años, Alba fue comprendiendo que aquellas visitas habían dejado una huella mucho más profunda de lo que su abuela había sido capaz de decir durante décadas. Y el impacto llegó cuando, ya enferma de alzhéimer, su abuela habló sin filtros y contó que en algunas de aquellas visitas había sido objeto de abusos sexuales por parte de quienes custodiaban la prisión. Incluso llegó a decir que, en una ocasión, aquello ocurrió delante de su propio padre. Hasta entonces, el relato había sido siempre otro. Alba recuerda que su abuela solía decir: «Sí, yo me hice amiga de algún guardia que había por allí y a veces me decían: Cuidado, María, que algunos quieren jugar contigo, no vuelvas por aquí». Y ahí se detenía: «Siempre se quedaba en eso, en el “no vayas, que quieren jugar contigo”», explica Alba, «hasta que un día se le fue el filtro y entendí a qué se referían cuando hablaban de que querían jugar con ella».»

«¿TÚ TE SIENTES VÍCTIMA?» Mari Carmen González Serrano

«La historia de Antonio y Julio no agota la experiencia de la violencia que atraviesa a esta familia sevillana. Mientras ellos eran deportados y asesinados en los campos nazis, otros miembros experimentaban la represión desplegada en el interior del país. No todos los protagonistas de esta historia fueron exterminados, pero los que sobrevivieron quedaron marcados por el encarcelamiento, las condenas y el miedo. En esa otra cara de la violencia franquista se inscribe la figura de Rafael Serrano Hidalgo, abuelo de Maica, cuya vida sentenció el aparato represivo del régimen, aunque logró salir con vida. **Su historia no conduce a la eliminación física, pero sí al silencio, a la supervivencia forzada y a una herencia que se transmitió de manera fragmentaria a las generaciones siguientes.**»

«Miguel se quedó dudando, sin saber muy bien qué contestar. Maica reconoció entonces cuánto le había removido aquella cuestión que le había planteado: «Me ha impactado mucho». Tras ese silencio, Miguel acabó poniendo palabras a algo que ambos intuían. Dijo que era evidente que implicarse en conocer el pasado familiar había tenido un efecto profundo en ellos, y que tal vez sí tenía sentido pensarse como víctimas: «Yo creo que es una mochila que cargas sin darte cuenta, y hasta que alguien no te dice que la llevas puesta, quizás no te das cuenta del tiempo que llevas con ella».»

«YO SIENTO COMO SI LO CONOCIERA». Pablo Domínguez Benavente

«Desde niño supo que en su familia había muertos a causa de la Guerra Civil. Sin embargo, al conocer con detalle lo ocurrido con su bisabuelo, esa idea empezó a resquebrajarse: **«Cuando vi lo que le había pasado me di cuenta de que no podía ser considerado uno de esos muertos en la guerra. A este hombre no le pegaron un tiro en un campo de batalla, lo asesinaron a**

sangre fría». Y esa precisión no es menor, ya que nombrar lo ocurrido de ese modo implica situar la violencia en el lugar que le corresponde: el de un crimen ejercido lejos del frente de guerra, contra un civil desarmado e indefenso.»

«Por ello, cuando la documentación confirmó que Juan Manuel se encontraba en aquella fosa del cementerio, Pablo inició los trámites para participar en la campaña de recogida de ADN. «Vino un enfermero enviado por el Ayuntamiento de Sevilla a Gelves y le extrajeron saliva a mi abuela, la hija de Juan Manuel. Pensarlo ahora me pone los pelos de punta, porque a los dos meses de guardar su ADN ella murió. Tenía noventa y siete años.» Falleció sin saber nada de su padre, sin poder cerrar esa búsqueda. El gesto de entregar su ADN llegó al final de su vida, cuando ya no quedaba tiempo para recibir respuesta. Para Pablo, esa secuencia resume con una crudeza difícil de asumir la experiencia de muchas familias: generaciones enteras que sufrieron la espera, y que no llegaron a conocer la verdad.»

«Durante la investigación, supo también que algunos de sus tíos eran capaces de identificar a la familia que había señalado a su bisabuelo, facilitando su detención y su posterior asesinato. Sin embargo, Pablo prefirió no conocer esos nombres. Les pidió explícitamente que no se los dijeran, pues «me daba miedo que fueran amigos míos», confiesa, «y tenía la impresión de que iba a ser una familia conocida para mí». Un gesto que dice mucho sobre cómo la violencia se incrusta y recorre el tiempo. Saber quién señaló puede parecer una forma de cerrar el círculo, para muchos bisnietos lo ha sido, pero también implica asumir que los que facilitaron su detención no pertenecen a un pasado lejano, sino que forman parte del mismo tejido social que los descendientes de las víctimas. En ese cruce incómodo entre memoria y presente, Pablo eligió protegerse, ya que hay verdades que, una vez conocidas, no permiten seguir habitando el espacio de la misma manera.»

«¿NO DEBERÍA TENER MÁS ARRUGAS SI ES MI BISABUELO?» Francisco Javier González Tornero

«Francisco Javier solo tiene constancia de una ocasión en la que su abuelo actuó de manera explícita en relación con la violencia sufrida por su familia. Ocurrió ya en los años setenta. Un represor del pueblo, que llevaba tiempo viviendo fuera, regresó durante las fiestas. Aquel hombre había sido uno de los responsables de la detención de su padre. Al verlo, su abuelo cogió un tenedor que había sobre la mesa y se lanzó directamente hacia él. «Era la primera vez en treinta años que tenía delante la posibilidad de resolver ese dolor», recuerda Francisco Javier. Aquella vez no pasó nada, pero el represor volvió otros veranos, y entonces fue su propio padre quien se encargaba de vigilar para que su abuelo no reaccionara de nuevo.»

«Ese episodio sintetiza con una crudeza difícil de eludir la convivencia forzada entre víctimas y verdugos que se dio en tantos pueblos tras la guerra. No hubo reparación ni justicia, solo impunidad. Los responsables siguieron caminando por las mismas calles, compartiendo fiestas, bares y plazas con quienes habían sufrido la violencia directa. La represión no terminó con los fusilamientos o las cárceles, sino que se prolongó en esa coexistencia obligada, en la imposibilidad de nombrar el daño y en la vigilancia y autocontención para que el dolor no se desbordara.»

«En aquel mismo paredón fueron asesinados otros diez vecinos del pueblo, y saberlo le abrió una nueva dimensión del problema. Ya no se trataba únicamente de una historia familiar, sino de algo colectivo. Decidió entonces ponerse en contacto con los descendientes de cada una de esas víctimas para compartir información y reconstruir conjuntamente lo ocurrido. En el año 2002, comenzó a reunir a las familias y asumió el compromiso de redactar un proyecto con un objetivo claro: exhumar los cuerpos.»

«IMAGINO MUCHAS VECES LO QUE DEBIÓ DE PENSAR MI BISABUELA AL ESTAR SUBIDA EN EL CAMIÓN». Blanca Domínguez Marcello

«Las pruebas realizadas en los meses posteriores confirmaron que Manuela Méndez Jiménez estaba embarazada en el momento de su asesinato. [...] No obstante, la violencia no terminó allí, ya que uno de los hombres que había participado en la ejecución de las mujeres se presentó después en casa de la madre de Manuela. Le puso la mano en el hombro y, señalando la escopeta que llevaba, le dijo: «Con esta que tengo en la mano me he cargado a su hija». La mujer sufrió un infarto en ese mismo momento y murió poco después.»

«Las mujeres asesinadas tenían entre veinticuatro y setenta años. Procedían de distintos puntos de la provincia, pero compartieron un mismo destino. Fueron detenidas, interrogadas y sometidas a torturas. Antes de ejecutarlas, les raparon la cabeza y las obligaron a recorrer las calles de Guillena en un paseo pensado para humillarlas públicamente y para dejar una advertencia visible al resto del pueblo.»

«La violencia ejercida contra aquellas mujeres no quedó en el olvido, y gracias al trabajo de investigadores, colectivos memorialistas y vecinas y vecinos de la propia localidad se pudo localizar finalmente una fosa común en el cementerio de Gerena. Entre enero y febrero de 2012, se llevó a cabo la exhumación de los restos de las diecisiete mujeres fusiladas. Los análisis forenses confirmaron la extrema violencia con la que fueron asesinadas, ya que todos los cuerpos presentaban signos evidentes de maltrato. En algunos casos, los cráneos mostraban el impacto de más de un disparo y, en otros, se documentaron fracturas múltiples, compatibles con golpes previos a la ejecución.»

«Fue precisamente Francisco Javier quien descubrió hace algunos años el motivo concreto por el que fueron fusiladas la bisabuela de Blanca, Manuela Méndez Jiménez, y el resto de las mujeres de Guillena. La clave apareció en una serie de documentos militares. [...] Allí se indica que «se les aplicó el bando» por tratarse de «sujetos peligrosísimos», acusados de auxiliar a los huidos de la sierra proporcionándoles alimentos. Esa fórmula administrativa, tramposa y deshumanizada, encierra la explicación oficial de un asesinato colectivo sobre mujeres que no tenían nada que ver con la resistencia armada.»

«Cuando descubrí, a partir de las indagaciones de Francisco Javier, que Manuela Méndez había sido fusilada por una unidad bajo el mando directo de Manuel Gómez Cantos, no pude evitar quedarme paralizado. Desde hacía años yo mismo había investigado la actuación de los guardias civiles implicados en la lucha contra la resistencia armada antifranquista, y Gómez Cantos era, sin duda, uno de los nombres sobre los que más había escrito.»

«Pero comprender que aquella mujer, Manuela Méndez, cuya historia estaba empezando a conocer a través de la voz de su bisnieta, había sido asesinada bajo la supervisión directa de uno de mis principales sujetos de investigación, alteró profundamente esa distancia. **Gómez Cantos no fue un represor más. Fue un criminal de guerra responsable del asesinato de cientos de hombres y de mujeres, un oficial cuya brutalidad alcanzó también a miembros de su propia institución**, llegando incluso a fusilar sin juicio previo a tres guardias civiles a los que acusó de cobardía tras ser desarmados por una partida guerrillera.»

«Hombres como él fueron piezas fundamentales en la construcción de la dictadura. Nombrarlos no es un ejercicio cualquiera, sino una forma de señalar responsabilidades. Fueron ellos quienes hicieron posible las fosas, quienes generaron los traumas y quienes pusieron en marcha una violencia cuyas consecuencias se han transmitido de generación en generación. Este libro trata precisamente de eso: de cómo esas violencias reaparecen hoy, no solo en los archivos, sino en las voces y en los cuerpos de las bisnietas y bisnetos.»

«ENTONCES ME DIJO: ESTA ES LA FOSA COMÚN DONDE TIRARON A MI PADRE».

Carolina Nebot

«Es, en cierto modo, un proceso de reconocimiento, y un tránsito hacia una relación consciente y sentida. Se empieza entonces a construir un vínculo. La persona que antes existía solo a través del dolor transmitido por el abuelo o la abuela se convierte en alguien con quien el bisnieto establece una conexión directa, aunque sea obviamente retrospectiva. Así, la investigación sobre el pasado no solo reconstruye una biografía, sino que incluso reordena el mapa afectivo de la familia y permite ampliarlo. En ese sentido, lo que Carolina describe forma parte de un fenómeno más amplio que atraviesa a buena parte de esta generación: la transformación de figuras heredadas en presencias propias. No se trata únicamente de conocer más datos, sino de modificar el lugar que esas personas ocupan en la experiencia íntima de quienes las buscan. Y es precisamente en ese momento, cuando la distancia generacional parece acortarse de forma inesperada, cuando quizás la posmemoria deja de ser solo un espacio de transmisión y se convierte también en uno de encuentro.»

«Son nuestras bisabuelas y bisabuelos en sentido pleno, con presencia propia, con una fuerte carga emocional y con significado directo en nuestra manera de entender quiénes somos, y ese desplazamiento es fundamental. Porque cuando esas figuras adquieren entidad propia, dejan de ser una referencia lejana y pasan a convertirse en sujetos con los que establecemos una relación. Y no solo conectamos con ellos y con los traumas de nuestras familias, sino con el contexto político, social y cultural que vivieron. Eso permite que el pasado deje de ser únicamente una historia familiar que se nos ha transmitido, y se transforme en una experiencia que nos interpela, que nos afecta, que nos duele y que nos obliga a mirar hacia atrás para comprender el presente.»

«EN NUESTRA FAMILIA NADIE HABÍA NOMBRADO LA PALABRA BISABUELA».

Lucía Expósito Cívico

«Ángeles Domínguez tuvo cuatro hijas, y tras su asesinato ninguna pudo permanecer en el pueblo, pues las señalaban como «hijas de una roja». Esa etiqueta terminó por hacer inviable la

vida allí y tuvieron que marcharse. Abandonar el lugar en el que habían nacido, separarse del lugar de su infancia y romper los vínculos cotidianos. Por tanto, no fue un exilio hacia otro país, pero sí un exilio interior. En muchas familias marcadas por la represión, ese exilio no fue solo geográfico, sino emocional y político. Aprendieron a callar, a medir las palabras y a no mencionar determinados nombres. Se replegaron.»

«En la casa de Dolores Cárdeno Domínguez, la bisabuela de Lucía era una ausencia dolorosa, y alrededor de esa falta se construyó un relato que mezclaba dignidad y miedo. Dolores le repetía a Lucía que a su madre «la mataron por saber leer y escribir». Cada vez que escuchaba esa frase, Lucía se estremecía por lo que esa afirmación contenía: saber leer y escribir como delito y como afrenta.»

«Una de ellas ocurrió en la década de los 2000. El gobierno municipal de Fuentes de León decidió instalar un monolito en el cementerio en recuerdo de las víctimas de la guerra y la dictadura. En uno de los viajes habituales que Dolores hacía al pueblo durante los veranos, ya que desde hacía muchos años vivía en La Puebla de Cazalla, decidió llevar un ramo de flores y dejarlo en la zona del monolito. [...] Un par de días después volvió al cementerio y comprobó que el ramo ya no estaba. Pensó que quizás lo habían retirado por mantenimiento y preguntó al sepulturero, pero la respuesta fue otra. Le dijeron que aquello no se podía poner allí, que alguien había ido a decirle que poner flores en ese lugar era una provocación. Que no se podía hacer. La escena tiene algo de devastador en su aparente sencillez. En plena democracia, una mujer adulta mayor, que había sido educada en el silencio y que arrastraba el trauma del asesinato de su madre, se encontraba con la imposibilidad de realizar un acto mínimo de reparación. Solo había dejado flores y, aun así, ese gesto fue interpretado como un desafío.»

UNA POSMEMORIA DE LA CUARTA GENERACIÓN

«¿Qué significa exactamente sufrir el dolor de los demás cuando ese «demás» es, al mismo tiempo, un antepasado? ¿Se trata de una apropiación, de una identificación o de una prolongación? ¿O estamos ante algo distinto, ante una forma de implicación que no borra la distancia generacional, pero tampoco la neutraliza? No tengo una respuesta definitiva a cada una de estas cuestiones, pero sí **he observado en muchos descendientes una voluntad clara de no permitir que el pasado se diluya en la indiferencia**. Por ello, quieren nombrar, recordar, insistir y traer al presente algo que se niegan a que caiga en el olvido.»

«La cuestión de la apropiación es, quizás, la más incómoda, y yo mismo me la he planteado repetidamente. Cuando hablo de mi bisabuelo Manuel, cuando escribo sobre él o cuando abro la puerta a judicializar su asesinato, ¿estoy preservando su memoria o estoy desplazándola hacia mi propia experiencia? ¿Se convierte el relato en una historia sobre mí? ¿Corro el riesgo de centrar la atención en mi duelo y en mi trayectoria? Y, sin embargo, lo que he visto en las historias recogidas aquí sugiere que la relación entre generaciones no funciona como un juego de suma cero. No es que la historia del bisabuelo desaparezca cuando emerge la voz del bisnieto, sino que ambas vidas conviven y se entrelazan. De esta manera, la primera afecta a la segunda y la segunda reactiva a la primera, y podemos plantear que la experiencia del descendiente no sustituye la de la víctima, sino que quizás la prolonga en otro tiempo y en otro cuerpo.»

«Este libro no tiene como objetivo lanzar afirmaciones categóricas respecto a la generación de las bisnietas de la Guerra Civil y el franquismo. No obstante, al escucharlas durante meses, al leer sus mensajes y al observar las emociones que se repetían en cada una de las conversaciones, resulta difícil no percibir una serie de similitudes que van más allá de lo anecdótico. Hay una recurrencia en la forma de nombrar a los bisabuelos y una insistencia en la necesidad de traerlos al presente, junto con una mezcla de rabia, ternura y una sensibilidad muy acentuada ante las injusticias. Una dificultad para separar la propia biografía del trauma familiar y, en muchos casos, incluso, una orientación profesional o vital vinculada de algún modo con la historia, la memoria, la investigación, el activismo o la creación artística.»

«Y este libro se sitúa precisamente en ese espacio intermedio. Por un lado, está construido a partir de herramientas propias del trabajo de los historiadores: entrevistas, consulta de archivos, apoyo y análisis de la bibliografía especializada, entre otras cuestiones. Pero, al mismo tiempo, recoge memorias familiares, emociones que se han heredado y procesos de identificación que pertenecen a otro registro. En cierto sentido, lo que vemos aquí es el encuentro entre dos movimientos paralelos. El trabajo de quienes intentan reconstruir el pasado con herramientas críticas y metodologías rigurosas, y la emergencia de generaciones que, desde sus propias biografías, sienten la necesidad de volver sobre ese mismo pasado para comprender mejor su lugar en el presente. Cuando ambos procesos dialogan y la memoria y la historia se escuchan mutuamente, quizás se abre la posibilidad de construir una relación más humana y compleja con lo que ocurrió.»

HEREDAR EL PASADO

«La impunidad no fue una anomalía exclusivamente española. En muchos casos fue una solución política adoptada por democracias nacientes que privilegiaron la cohesión y la estabilidad frente a la justicia penal exhaustiva. [...] Entonces, ¿qué diferencia el caso español y hace que ese pasado heredado siga estando tan presente? En España, la dictadura no fue derrotada militarmente desde fuera ni tampoco colapsó tras una guerra mundial, sino que fue el propio régimen el que pilotó, en parte, su propia transformación. Tampoco hubo una ruptura institucional, ni una depuración significativa del aparato represivo. Además, la Ley de Amnistía de 1977 blindó jurídicamente a los responsables de la represión franquista. Por tanto, **la impunidad no fue una consecuencia colateral de un proceso de transición, sino uno de sus pilares fundacionales.**»

«Pero esa impunidad no fue solo jurídica, sino también discursiva. El lenguaje de la Transición se construyó en buena medida evitando nombrar las atrocidades del pasado, bajo la idea de que hacerlo podía reactivar dinámicas de confrontación. [...] Este tipo de iniciativas que estuvieron basadas en un reconocimiento compartido del sufrimiento y en la presencia simbólica de antiguos combatientes de ambos bandos, contribuían a diluir responsabilidades concretas. Como señala Sophie Baby, «la criminalización del franquismo no entraba en el horizonte de la modernización socialista».»

«Esta diferencia no es menor, ya que mientras que en Alemania o Francia existieron, aunque limitados, procesos judiciales que establecieron oficialmente la criminalidad de los regímenes anteriores, en España ese reconocimiento jurídico fue inexistente durante décadas. Y es precisamente en ese vacío donde se sitúa una parte fundamental de lo que hemos visto en los

bisnietos. Cuando Lucía insiste en nombrar a su bisabuela o cuando María Rosa desea encontrar los restos de su bisabuelo, también estamos reaccionando ante una ausencia de reconocimiento institucional prolongada. Por lo que hay algo que resulta obvio: **nuestra relación con el pasado no es solo íntima, sino también y sobre todo política.**»

«Hay una pregunta muy importante que debemos comenzar a hacernos en España: **¿Qué sabemos de las familias de los perpetradores y de los propios verdugos?**»

«La generación de los bisnietos pueda desempeñar un papel similar, aunque en un contexto muy distinto, al que libraron los estudiantes alemanes de los años sesenta. Sobre todo, porque parecen estar lo suficientemente lejos del acontecimiento como para poder formular preguntas que durante décadas resultaron difíciles de plantear. Por tanto, **parece que la distancia generacional tiene un efecto ambivalente. Por un lado, debilita el vínculo directo con la experiencia traumática. Por otro, abre un espacio nuevo para la investigación y para el cuestionamiento de los relatos heredados.**»

«Me pregunto entonces qué ocurriría si en España existiera un acceso tan sencillo a determinados archivos policiales, judiciales o militares del franquismo. Qué pasaría si miles de personas comenzaran a introducir apellidos y descubrieran que su abuelo o su bisabuelo había formado parte de la Brigada Político-Social, de Falange, de los aparatos de represión o de las estructuras administrativas encargadas de sostener la dictadura durante casi cuatro décadas. Qué ocurriría si algunos descendientes descubrieran denuncias, delaciones, informes, consejos de guerra o expedientes de depuración producidos por sus propios antepasados.»

«Porque quizás **una de las grandes diferencias del caso español sea precisamente esa: que la figura del perpetrador continúa estando mucho menos interrogada socialmente.** Sabemos mucho más sobre las víctimas que sobre quienes las señalaron, las detuvieron, las torturaron o las ejecutaron. Y eso también condiciona la forma en que el pasado sigue habitando nuestro presente.»

«¿ESTÁ USTED AQUÍ POR SER BISNIETO DE?»

«El 26 de febrero de 2026 fue uno de esos días que uno recuerda durante toda su vida. Eran las diez de la mañana cuando entré con una carpeta bajo el brazo en las instalaciones de los juzgados de La Caleta de la ciudad de Granada, y en ella llevaba las pruebas de un asesinato cometido en 1948. El asesinato de mi bisabuelo, Manuel Sesé Mur, a manos de dos guardias civiles: Agustín Serrano Arroyo y Marcelino García Gracia.»

«Como historiador, estoy acostumbrado a trabajar con documentación conservada en los archivos, con sumarios, con consejos de guerra y con informes policiales y militares. Durante años he analizado cómo funcionó y se desarrolló el aparato represivo franquista y, ahora, me encontraba ante la oportunidad de redactar un documento para que el Estado iniciase las investigaciones necesarias que podrían certificar que el asesinato de mi bisabuelo fue un crimen. Un crimen contra la humanidad. Y que un juzgado admita a trámite la reconstrucción del asesinato de Manuel significa que su muerte deja de ser una historia familiar. Simboliza que el Estado, al menos formalmente, se dispone a mirar de frente un crimen cometido en 1948.»

«Y lo más relevante no es solo la violencia de la herida, sino la conclusión técnica de los facultativos, pues señalaron que «posiblemente el disparo fue hecho a corta distancia y desde un plano posterior al lesionado». A corta distancia y desde detrás. Ese documento, redactado casi a la par que el informe de Agustín y Marcelino, desmonta la versión oficial. Era habitual que tras este tipo de asesinatos los guardias coaccionasen a los médicos, pero en esta ocasión no ocurrió, y no puedo saber el motivo, pero no ocurrió. Y ese «error», nos permite demostrar en 2026 un crimen contra la humanidad.»

«La fiscal hizo una última pregunta.

—Con esta declaración, ¿qué es lo que usted quiere?

La respuesta brotó al instante:

—Quiero hablar de Manuel en 2026. La dictadura franquista quiso borrarlo, y por eso lo asesinaron. También lo enterraron en un lugar que mi familia no conoció hasta hace muy poco. Por eso quiero que se vuelva a hablar de él. Y también quiero que se hable de quienes lo mataron. Quiero que exista un documento oficial que reconozca que Agustín Serrano y Marcelino García lo asesinaron. Fueron hombres como ellos quienes llevaron a miles de personas a la fosa y quiero que quede constancia de todo ello.»

«Para mí, este acto de judicialización y lo que sentí al declarar ante la fiscal no es solo un procedimiento, sino también una forma de seguir acercándome a Manuel. Tal vez la última oportunidad que tenemos de que, aunque sea de manera simbólica, se haga justicia. Y al mismo tiempo me da cierto temor que el proceso no llegue a nada, porque puede ocurrir. Pero ahora mismo, en el momento en que escribo estas páginas, quiero imaginar que mi bisabuelo, que Manuel Sesé Mur, pueda volver a ser mencionado no solo por mí, no solo en estas páginas, sino por otras voces, en otros espacios, sobre todo en un auto judicial. Que lo traigamos de nuevo al presente a través de la justicia es importante para la familia.»

«Hay una cuestión que he comentado con varias bisnietas y bisnietos, y que aparece reflejado en alguno de los capítulos, y es la cuestión de si nos sentimos víctimas. Antes de empezar a escribir este libro nunca me había hecho esa pregunta, y fue gracias a la entrevista que citaba anteriormente con Dolores Delgado, fiscal de Sala en materia de Derechos Humanos y Memoria Democrática, cuando entendí que, quizás, sí lo era. Que aquella pila de papeles que había tardado años en reunir no representaba solo trabajo académico, y que el libro que había escrito sobre la lucha contra la guerrilla antifranquista no era solo una investigación. Que todo eso constituía, también, la huella de un impacto y que el asesinato de 1948 había dejado una marca en mi vida.»

«Al igual que ocurre con la mayor parte de bisnietas y bisnietos cuyos testimonios forman este libro, mi abuela también fue la encargada de acercarme a mi bisabuelo. Era ella la que me enseñaba aquella caja de madera que él le había hecho en prisión, después de combatir con el Ejército republicano. Yo le preguntaba una y otra vez por ese cofre y ella lo abría con cuidado para enseñarme las fotos que guardaba dentro. Si pudiera hablar con ella una sola vez más, aprovecharía para decirle todo lo que ahora sé y le contaría que he reconstruido parcialmente la verdad de lo que ocurrió. Que entiendo por qué calló, y que he hallado los documentos escritos por los guardias civiles donde puedo reconstruir esos últimos momentos de la vida de

Manuel. Mi abuela estaba en esa casa, ella estaba allí, y puedo acercarme mínimamente y fabular otra gran parte de lo que tuvo que ver y sentir.»

«Afrontar esta investigación ha sido un reto muy complejo por el impacto físico y mental que me ha provocado acercarme durante meses a tanta violencia y a tanto trauma sin resolver. Escuchar una y otra vez historias de asesinatos, desapariciones, humillaciones y silencios ha ido alimentando algo que ya estaba en mí: el malestar por la injusticia cometida contra tantas personas. Después de cada conversación con un bisnieto necesitaba salir a la calle, caminar, ir al gimnasio y leer cualquier cosa que no tuviera nada que ver con la guerra. Había días en que sentía una angustia física, la ansiedad, que en mí se manifiesta sobre todo con mareos, aparecía, y también lo hacía una apatía que me acompañaba durante horas. Me ha hecho daño escuchar lo que las familias conservan en sus memorias, y me ha comenzado a afectar el hecho de pensar y hablar de mi bisabuelo, algo que no había experimentado así hasta ahora.»

«Con todo ello, quiero cerrar estas líneas, y este libro, diciéndote, Manuel, que lo siento mucho. Siento que no podamos sacarte de esa fosa, si es que sigues allí. Siento no poder cumplir esa ilusión de llevarte de vuelta con las tuyas, como sé que hubiera querido tu hija Rosita. Pero vamos a seguir recordándote y hablando de ti. Tu fotografía seguirá en nuestras casas, y la caja que le hiciste a mi abuela está y estará siempre en la entrada de mi piso. Para que las visitas pregunten por ella y se abra así una conversación en la que vuelvas a estar presente. Hablaremos de que hay causas por las que merece la pena batallar, y de que luchar contra el fascismo es una de las más justas que han existido nunca.»



Manuel Sesé Miralles al salir de prisión.

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80/ laia.barreda@planeta.es